



EL INSTITUTO Y YO

Guadalupe Salmorán Villar

La primera vez que me vinculé formalmente con el Instituto tenía veintiún años, cuando busqué realizar mi servicio social en dicha institución. A mediados de 2008 comenzaría mis pininos como asistente de investigación del doctor Lorenzo Córdova Vianello y, casi simultáneamente, también del doctor Pedro Salazar Ugarte. Desde que entré a la carrera, los dos eran mis profesores de diversas materias en la Facultad de Derecho. Pero el momento en que realmente “me enganché” con el Instituto fue durante los días del “Seminario Constitución, Democracia y Elecciones: la reforma que viene”, coordinado por el Instituto e IDEA Internacional y celebrado en febrero de 2007. En dicho evento se reunieron para discutir sobre el sistema político electoral mexicano, los integrantes de las autoridades electorales federales, los representantes de los partidos políticos, junto a un grupo nutrido de especialistas y referentes de la opinión pública a nivel nacional. Será por la calidad e intensidad del debate, pero esa semana tuvo tal impacto en mí que desde entonces me propuse hacer todo lo posible para formar parte de esa comunidad.

Tuve que esperar un año más para cumplir los créditos suficientes para liberar mi servicio social en el Instituto. En julio de 2008 renuncié a un “trabajo de meritoria” que había aceptado meses antes en la Primera Sala Penal del Tribunal Superior de Justicia de la Ciudad de México. Pronto me di cuenta de que mi pasión por la dogmática penal en el aula estaba lejos de ser equivalente a mi interés por la práctica judicial. Lo siguiente fue convencer a las

autoridades responsables del Programa Nacional de Becas para la Educación Superior (Pronabes) —del que era beneficiaria— de que apoyar en las labores de investigación era una tarea “de atención a la comunidad”. Ya casi todo estaba listo, sólo necesitaba hacerme de una computadora personal, así que me conseguí un trabajo de fin de semana que no interfiriera con mis estudios y me permitiera servir al Instituto. Durante la segunda mitad de 2008 me las arreglé para estudiar por las mañanas y pasar las tardes en la Biblioteca, cubículos y pasillos del Instituto “jugando” a ser investigadora. Los fines de semana me convertía en cualquier otra persona con un trabajo temporal.

Pero la vida da muchas vueltas, y una de ellas me orilló a dejar al Instituto para tomar un “atajo” que me consintiera no abandonar el mundo académico por algún otro trabajo ocasional. Desempeñarme como asistente de investigación en el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación (TEPJF) fue un “atajo de lujo” que, sin darme cuenta, se convirtió en un interludio de cuatro años, durante los cuales tuve el privilegio de comprender “desde dentro” el funcionamiento de una de las instituciones más importantes en materia electoral del país, al mismo tiempo que aprendía italiano y concluía mis estudios de licenciatura. Mi paso por el TEPJF fue una experiencia formadora de la que aprendí muchísimo, pero que también refrendaría mi vocación por la investigación antes que por la función pública.

Me había ido del Instituto con la promesa de regresar. Así que, a pocos meses de presentar mi examen profesional con una tesis sobre la democracia interna de los partidos políticos en México, dirigida por Lorenzo Córdova, en enero de 2013, renuncié al Tribunal Electoral con la intención de prepararme para el doctorado emulando —lo digo con rubor, pero con mucha admiración— las huellas de los dos investigadores que alimentaron mi pasión por la academia seria y rigurosa. Mientras proyectaba mis estudios de posgrado, me uní por un brevísimo periodo al grupo de asesores de mi exprofesor, exdirector de tesis y actual presidente del Consejo General del Instituto Nacional Electoral. Al mismo tiempo, renové mis lazos con el Instituto al incorporarme como asistente académica de dos proyectos con sede en el Instituto: la Cátedra Extraordinaria “Benito Juárez” y el programa televisivo *República Laica* (TVUNAM), dirigidos por Pedro Salazar y promovidos por la UNAM y el Instituto Iberoamericano de Derecho Constitucional. En ese entonces conocí y trabajé al lado de mi (ahora) colega Pauline Capdevielle en la edición y traducción de los primeros números de la *Colección de Cuadernos Jorge Carpizo. Para entender y pensar la laicidad*. De esa experiencia vería la luz también el libro *La república laica y sus libertades. Las reformas a los artículos 24 y 49 constitucionales*, una obra colectiva coordinada por Salazar, que reunió

algunos de mis compañeros de generación (2007-2011): Ana Gaitán, Vladimir Chorny y Paulina Barrera, junto a la implacable pluma de Javier Martín Reyes, actualmente profesor y coordinador de la Licenciatura en Derecho del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE).

Lo que vino después sería uno de los periodos más intensos, difíciles, divertidos e inolvidables de mi vida. Ser formada por el reconocido filósofo turinés Michelangelo Bovero, no fue exactamente un paseo entre las flores, pero después de casi cuatro años de arduo trabajo, logré llevar a buen puerto mis estudios de doctorado. El apoyo del director Pedro Salazar Ugarte y la beca que me otorgó el Instituto —como parte del fondo “Octavio Hernández”— fue crucial para que pudiese dedicarme por completo a realizar mis estudios en Italia.

Una vez obtenido mi grado de doctora, me reintegré al Instituto, pero esta vez como investigadora del Subprograma de Incorporación de Jóvenes Académicos de la UNAM. A mi regreso encontré un Instituto ampliado, modernizado y renovado. Ahora soy compañera de muchas de las personas ponentes de aquel magno evento que dejaría una huella en mí memoria. Durante la celebración del seminario de 2007 conocí a una joven egresada con la que, además de coordinarme para apartar asiento en el auditorio, establecí una muy amena conversación. El último día del evento me dijo que el Instituto era un lugar grandioso, pero propio del tipo de personas que estaban sentadas en el pódium —se refería a hombres blancos, barbados, con una posición económica privilegiada y una desbordante biblioteca personal—; en ese instante dije para mis adentros que ella debía estar equivocada o tener muy mala suerte. No sé por qué, pero sus palabras se quedaron grabadas en mi mente casi con la misma fuerza que el seminario.

Exactamente una década después, el tiempo, un par de sacrificios, el trabajo constante y también algo de suerte, me daban la razón. O al menos eso me gusta pensar a mí. No sé hace diez años, pero mi experiencia es la prueba de que hoy el Instituto es una comunidad abierta, plural e interdisciplinaria. Estoy segura de no ser la única a la que el Instituto le ha transformado la vida.

Mi agradecimiento hacia Jurídicas es enorme, pero mis ganas por trabajar *en y para* el Instituto son mayores. Espero poder seguir haciéndolo por muchos años más.